



La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

¡ANDA! ¡ANDA! (I)

I.

No muy distante de una aldea de Alemania, cuyo nombre no recuerdo, se descubre una casita, que al esconderse entre el poblado ramaje de su huerto, parece blanca paloma que, mal oculta en su nido, goza de las dulzuras del apacible sueño que aquellas soledades le ofrecen.

Una tarde, rendido por la fatiga, me acerqué á su puerta, y una anciana, de cabellos tan blancos como el copo que hilaban sus descarnados dedos, me ofreció el albergue que necesitaba, y mientras que temblando de miedo la escuchaban dos chiquillos, encarnados como cerezas, me contó la siguiente historia.

II.

Hace ya muchos años, cuando eran rubios mis cabellos, sonrosadas mis mejillas y airado y galano mi tallo, tal día como hoy, la tarde de Viernes Santo, me quedé sola en esta casa.

Mishermanas, que todas están ya en el cielo, echaron conmigo suertes para ver quién dejaba de ir á escuchar el sermón en que el señor cura había de recordar la muerte del Salvador, y la bola negra me tocó á mí.

Hacia ya largo espacio que el sol había pasado de la mitad de su carrera. Ligeras nubes encapotaban á trechos el cielo azul, como si el firmamento quisiera vestir luto en tan triste día.

El silencio y la soledad de estos lugares eran majestuosamente solemnes. Sólo se escuchaban los ayes del viento al mover las ramas.

Sentada en un escaño, delante de las tapias del huerto, con un libro de oraciones abierto sobre la falda, distraía la tristeza que por no haber ido á la

aldea sentía, viendo volar las golondrinas, cuando de pronto el primer toque de las campanas que doblaban tristemente, hirió mis oídos. Aquel tañido lento y acompasado recordaba que á aquella hora, hacia más de diez y ocho siglos, había espirado el Hijo de Dios.

Me levanté instintivamente, y mis labios comenzaban á murmurar una oración, cuando vi llegar hacia mí á un anciano.

Su traje andrajoso y tan cubierto de polvo como la barba blanca que le cubría el pecho; su rostro, en que el sufrimiento y la fatiga habían impreso una horrible huella, indicaban que aquel hombre era un desdichado. Por eso le tendí la mano.

Una sonrisa de agradecimiento fué su respuesta.

«—¿No queréis descansar? le dije.

«—¿Descansar! murmuró. Descansar es, hija mía, la única dicha que ambiciono. Mas ¡ay! no puedo. ¿Has oído el primer toque de esa campana? Pues solo me es dado detener mi carrera hasta que escuche el último... Después volveré á emprender mi marcha.

Su acento era tan doloroso que partía el corazón.

«—¿Y á dónde os dirigís? le pregunté después de un momento de silencio.

«—¿Lo se yo acaso? contestó. Mi sino es recorrer la tierra de uno á otro confín; dejar pedazos de mis pies, ora en los helados páramos del polo, ora en los abrasadores arenales del Africa. La fatiga desgarrá mi pecho; mis piernas parecen no poder soportar el cansancio, y sin embargo, no puedo tomar un punto de reposo... Siempre una voz inflexible me está gritando: ¡Andal! ¡Andal!

«—Macho sufrís, buen anciano; pero contadme vuestras penas, que dicen que el mal se alivia cuando hay quien le escucha compadecido.

«—Tus palabras son, niña, para mí, dulces como el rocío lo es á la flor. Estoy tan acostumbrado á que todos huyan de mí, que tu bondad me parece un sueño. ¿Quieres saber mi historia? Vas á oírla... Probablemente después de escucharla, también tú me rechazarás horrorizada como todos me rechazan.»

Le ofrecí un jarro de cerveza fresca y espumosa, que apuré de un solo trago; volvió á rechazar con un gesto de dolor el asiento con que le brindaba, y apoyándose en el nudoso tronco que le servía de báculo, comenzó:

III.

«—Tú sabes que más allá de los mares hay una tierra, rica y señora un día, miserable y esclava hoy... Esa tierra es Judea. Las flores más olorosas, los más sabrosos frutos produce; solo abrojos é infencundos arenales tiene ahora.

«Entonces era la elegida de Dios; hoy sobre su frente pesa su maldición eterna.

«Hace muchos años, muchos, vivía yo en la ciudad más rica de Judea, en la gran Jerusalem. Una tarde, sentado á la puerta de mi casa, gozaba las delicias del reposo bajo la sombra de una parra que con sus anchas é inquietas hojas apenas dejaba llegar hasta mí un rayo de sol, cuando un extraño rumor me sacó del dulce sueño que comenzaba á embargarme... ¡Quién me dijera que aquel sueño era el último que había de gozar!

«Un hombre caminaba al suplicio.

«Su rostro, pálido hasta la lividez, era correctamente hermoso. Su figura, en que se adivinaba la majestad, estaba á la sazón encorvada por el peso de un leño que llevaba sobre los hombros.

«Extenuado por la fatiga, debilitado por la sangre que brotaba de su frente, llegóse á mí y me rogó le permitiera descansar un instante... Le tomé por un criminal, y le rechazé con dureza... Mis labios murmuraron una sola palabra:

«¡Andal!

«Esa palabra fué mi más horrible sentencia.

«Miróme un punto, esperando sin duda que mi resolución se cambiara; pero su sonrisa era tan dulce, que aquella mansedumbre me irritó de tal modo que, dejando mi asiento, puse la mano sobre sus hombros, y empujándole violentamente, repetí:

(1) Esta leyenda del judío errante es símbolo ó alegoría de la reprobación del pueblo hebreo, condenado después de la muerte de Jesús, á vagar como nómada, sin patria por toda la tierra.

También puede ser un símbolo del alma cristiana que por haber despreciado á Cristo, cargándose con sus pecados la puerta del corazón necesita luego peregrinar por los dolores de la expiación y la penitencia, hasta llegar á unirse con aquel que desprecia.

«—¡Anda! ¡Anda!

«Una lágrima brotó de sus ojos. Creí entonces que lloraba por su suerte; después he comprendido que se compadecía de la mía. Volvió á mí los ojos con una mirada que no olvidaré jamás, y me dijo con voz dulce;

«—¡Que ande, me dices! Pues bien; andaré, andaré, sí; pero mi carrera será corta. La tuya no acabará nunca. No olvides que tú lo has querido, y recuerda que Yo también te digo: ¡Anda! pero que, al decírtelo, añado: ¡Anda y espera!»

«Siguió el hombre su marcha, y maquinalmente le seguí. Llegó a un punto en que elevaron un suplicio afrentoso, y en una cruz le enclavaron.

«Mucha gente le contemplaba gozándose en sus tormentos. Él para todos tenía dulces palabras de perdón.

«Él se compadecía de sus verdugos, como se había compadecido de mí, y entre sus verdugos no había uno que se apiadase de Él.

«Su Madre lloraba al pié del suplicio, y sus lágrimas no hacían mella en nuestros corazones.

«Los pájaros tienen mejor corazón que el hombre... Las golondrinas fueron arrancando una á una las espigas con que por escarnio habían coronado su cabeza.

«Un momento después el Mártir espiraba;

«Al lanzar Él su último suspiro se rasgó el velo que cubría mi inteligencia, y por primera vez ví con los ojos de la fé.

«¡Aquel hombre era el Redentor del mundo!

«Me horroricé de mi crueldad, y por huir de los sitios en que pudiera recordarla, comencé á andar, y andando estuve todo el día. Llegó la noche, las fuerzas comenzaron á faltarme, y quise hacer alto: entonces una voz que parecía salir del fondo de los abismos, encontrando un eco en la bóveda celeste, me gritó:

»—¡Anda! ¡Anda!

«Desde aquel día, siempre corriendo tras un fantasma misterioso; impedido por esa imperiosa voz que me ordena seguir siempre, voy dejando huella de mis plantas en toda la extensión de la tierra... Hoy estoy aquí. ¿Quién sabe dónde estaré mañana?

«Cuando las fuerzas parece que quieren abandonarme, la voz vuelve á gritarme:

«¡Anda! ¡Anda! y entonces cobro

nuevo vigor y no me detengo nunca porque huyendo de mí mismo, si quiero inclinarme, para apagar la sed que me devora, en el claro arroyuelo que murmura junto á mí, en su fondo veo retratarse la escena del Calvario, y horrorizado yo mismo me grito: ¡Anda! ¡Anda!

«Centenares de generaciones han pasado sobre la tierra desde entonces; imperios poderosos han nacido y vuelto á hundirse en el polvo... Mi carrera en tanto no cesa.

«Solo cuando cada año llega este día, cuando las campanas anuncian que á esta hora espira el humilde Profeta de Galilea, me detengo hasta que suena el último toque; y entonces, recordando que el sublime Mártir me dijo también: ¡Espera! espero en Él y me siento aliviado.»

IV.

Dobló entonces por vez postrera la campana.

El anciano se estremeció, besó mi mano, y se alejó murmurando.

»—¡A Dios! ¡A Dios!»

Quise detenerle, y con ojos que parecían querer salirse de sus órbitas, me interrumpió:

«—¡Imposible! ¡Imposible! ¿Oyes el viento que murmura en las ramas? Escucha bien y verás que es esa implacable voz que me grita:

«—¡Anda! ¡Anda!»

V.

La anciana cesó de hablar. La tarde declinaba, mis fuerzas se habían reparado, y abandoné por siempre aquella casita blanca.

Tan honda impresión había dejado en mí la historia que acababa de escuchar, que al salir, mi mirada inquieta parecía buscar entre la bruma la figura descarnada del misero judío.

Y aún hoy, que han pasado muchos años desde que la oí, cuando llega ese día lleno de melancólicos recuerdos, en que la Iglesia cristiana conmemora la muerte del Salvador, aunque en mi patria enmudecen las campanas, pensando en el eterno peregrino, como si mi voz pudiera llegar hasta él, por darle nuevos alientos, murmuro recordando las palabras del Redentor.

¡Anda! ¡Anda! ¡Pero espera!

ANGEL R. CHAVES.

Eso debe decirse también á si mismo el alma pecadora—¡Anda! ¡Anda! ¡Pero! ¡espera! ¡Sufré! ¡padece! Vé dejándolo á pedazos en el camino de la vida

tus pies desgarrados por el dolor, pues así lo merecen tus pecados; así lo merece el haber despreciado á la Verdad Eterna cuando llamaba á las puertas de tu corazón ¡Pero espera! pues la misericordia de Dios no tiene límites y quien arrepentido en él confía jamás quedará defraudado en sus esperanzas.

EL ESCÁNDALO

No hay pecado contra el que el Hijo de Dios fulmine más tremendos anatemas: ¡Ay del mundo por los escándalos! Y en otro lugar *El que escandalizare á uno de estos pequeñitos que en mí creen, mejor le fuera que colgasen á su cuello una piedra de molino, y le arrojasen en el profundo del mar.* La severidad de esta expresión no sorprenderá, si consideramos que el escándalo ataca directamente la obra de la encarnación, y ultraja todas las leyes de la naturaleza y de la amistad. ¿Para qué fin murió nuestro Señor en la cruz? Para salvar á las almas, y el escándalo tiende directamente á perderlas, y á privar á Jesucristo del fruto de su sacrificio. Él hiere, no á los fuertes, sino á los débiles y humildes, porque procede no de abajo, sino de arriba; hiere también á los más allegados con los escandalosos, no los extraños, sino los hijos, los criados, y los amigos... ¿Cabe cosa más contraria al amor de Dios y del prójimo?

La voz *escándalo* significa propiamente una cosa en que se tropieza al andar, y también obstáculo ó impedimento; por esto se llama escándalo todo lo que impide llegar á la vida eterna, ocasionándonos al pecado. En este concepto, con todos los santos Padres y teólogos se define el *escándalo*: *Una palabra ó un acto que no tiene la conveniente rectitud, y que de consiguiente da margen á los demás para ofender á Dios.* Importa deslindar bien esta definición.

1.º Decimos *una palabra ó un acto*, porque aun cuando se abrigue intención de inducir á otros á pecado, este mal pensamiento no arguye escándalo sino se manifiesta exteriormente, porque no da ocasión al prójimo de pecar. Por *acto y palabra* entendemos también omisión de una y otra, porque el pecado puede cometerse negativamente, dejando de hacer ó decir lo que se debiera, por ejemplo, no asistiendo á la misa en domingo, ó no reprendiendo á un blasfemo sobre quien se tuviese poder.

2.º *Que no tiene la conveniente rectitud*; es decir, la palabra ó acto que es malo en sí mismo, ó que aunque no lo sea, lo parece.

3.º *Da margen á los demás para pecar.* El escándalo está, no ya en hacer caer al prójimo, sino en ponerle en ocasión de ello, ó sea á riesgo de pecar; por consiguiente no hay verdadero escándalo sino cuando, atendida la posición del que hace el mal y las dispo-

siciones de los que lo presencian, puede temerse que éstos sigan el mal ejemplo: así, una blasfemia proferida delante de un sacerdote no sería escándalo á menos que se hubiese hecho públicamente en presencia de muchas personas de toda edad y condicion, por el riesgo de haber escandalizado siquiera á una parte de los que lo advirtieron. Tales es el sentido de las palabras de san Agustín: "Aquel, dice, que á la vista del pueblo lleva una mala vida, irroga en cuanto él puede la muerte á los que lo ven, y no puede jactarse de que ellos no hayan muerto, porque aunque el espectador sigue viviendo, el escándalo no deja de ser su homicida."

Hay mil y más maneras de cometer escándalo; citaremos algunas: primero, cuando se manda aconseja ó pide que otro haga una cosa ilícita, ó que desista de hacer otra á que se halla obligado; y así es escándalo inducir á mentir, á robar, vengarse, embriagarse, faltar á la misa en días de guardar, ó á la confesion anual; segundo cuando se profieren blasfemias ó malas palabras; cuando se cantan canciones indecentes; cuando se imprime, vende, presta ó se ponen de manifestar libros ó láminas pecaminosas; cuando se come de carne delante del prójimo en días de abstinencia, ó se preparan en ellos manjares mezclados para libertinos; tercero las mujeres cuando visten impudicamente, ostentando seno y garganta; cuarto los que molestan á los devotos burlándose de su piedad, tratándoles de hipócritas ó beatuchos, criticando en porte modesto y sus religiosas demostraciones, é interpretando torcidamente sus actos, con lo cual se hacen responsables de todo el bien que impiden.

El que hubiere cometido una falta capaz de inducir á otros á pecado, no solo debería acusarse de ella en la confesion, sino declarar el escándalo inferido, que constituye un pecado distinto y de otra cuantía; especificando el número y clase de las personas escandalizadas, porque las proporciones de este pecado aumenta segun sea el número de los que lo vieron.

De aquí resulta ser una deuda de justicia la reparacion del escándalo irrogado. En efecto, si Dios para perdonar exige que se restituyan al prójimo los bienes usurpados, la fama arrebatada por la calumnia ó la maledicencia, ¿como no exigirá del escandaloso que haga todos los esfuerzos posibles para apartar del borde de los eternos abismos á los que comprometió con su conducta? Mas, ¿qué difícil es esta reparacion!

Si las consecuencias del escándalo son incalculables; el mal acto cometido, la mala expresion proferida habrán hecho pecar á millares de personas que ni siquiera se conocerá; y este mal ¿cómo se repara? primero es preciso rogar por todos aquellos á quienes directa ó indirectamente se hubiere escandalizado; segundo dar ejemplos y decir palabras del todo opuestas á las que en mal hora se profirieron: por ejemplo, el maldiciente, el cantor licencioso, el propulador de

funestas doctrinas habladas ó escritas deberá retractarse en el modo más propio para borrar la impresion causada en los que las oyeron ó leyeron; las mujeres escandalosas, ó provocativas por su lujo é inmodestia, deberán proibir nno y otra, y reparar el estrago causado en las ajenas conciencias, con ejemplos de modestia y humildad. Tocante al escándalo que procede de una conducta licenciosa, es necesario que el que lo dió repare el daño con otra conducta enteramente cristiana, aprovechando todas las ocasiones de manifestar al público su sincero regreso á mejores sentimientos; y adviértase que el que no procura ó no se esfuerza en reparar sus escándalos, es indigno de la absolucion; tercero hacer una penitencia proporcionada en lo posible al número y enormidad de los escándalos ocasionados. En suma: el escandaloso, ya que quitó á Dios su gloria, arrebatándole pocas ó muchas almas está obligado á hacer todo lo que de él dependa para volvérsela cooperando á la salvacion del mayor número posible de almas; y si bien con esto no sacará del infierno á los que en él hubiose precipitado, por lo menos habrá hecho cuanto pueda y cuanto Dios exija de él. Si, temamos más escandalizar que caer en el fuego, y bendigamos de todo corazón al nuevo Adán que se dignó rodear la vida de nuestro cuerpo y la de nuestra alma con tantas y tan sagradas barreras.

Nada aterra é inquieta más en la hora de la muerte que el recuerdo de los escándalos ocasionados en vida. Berengario, arcediano de Angers, tuvo la desgracia de difundir en gran manera la ponzoña de la herejía, pervertiendo muchísimas almas; pero en sus últimos dias, movido de Dios, abjuró sus errores y se reconcilió. Llegada la hora de la muerte; de repente se agita, se turba y acongoja:—¿Á qué viene esa turbacion? pregunta el sacerdote que le auxilia; Dios es la misma misericordia; tened confianza en él.—Lo sé, responde el moribundo, y en él confío que atendidas mis lágrimas olvidará mis propias faltas; pero ¿me perdonará las que hice cometer á los demás? ¡Infeliz de mí; ya me parece que las almas perdidas por mi culpa me aguardan en el tribunal de Dios para clamar venganza, estas palabras aterradoras de Jesucristo resuenan hasta el fondo de mi corazón: ¿Dónde están fulano y fulana á quienes perdíste? Mucho costó tranquilizarle, y dichoso si su penitencia y pesadumbre bastaron á que el supremo Juez olvidara la pérdida de las almas que él ocasionó.

No matarás; es decir, no matarás el cuerpo ni el alma de tu hermano; no cobijarás en tu espíritu la idea siquiera de muerte ó de escándalo; tal es el quinto precepto del Decálogo, y podemos decir la quinta columna que sostiene el edificio social.

Supongamos abolido este mandamiento: ¿qué seguridad queda entre los hombres? ¿Diréis que las leyes humanas son suficiente garantía? Entonces el hombre que logre sobreponerse á la ley, jugará con vuestros

dias, entonces el que pueda jactarse de escapar al verdugo, se burlará de vosotros; y ¿cuánto en el diano le escapais? ¿Cincuenta años de experiencia no bastarán á convencernos de que las leyes humanas no son sino unas tolerancias en que solo se dejan prender las moscas incautas? Por lo demás, sin este manlamiento, ¿qué es de la vida de las almas? ¿qué de la inocencia? ¿qué del honor de las familias? El escándalo sin freno irá impunemente haciendo víctimas... ¿Cuál es el hombre que al leer estas líneas pueda decirse: "Nada debo á este mandamiento, ni yo ni los míos, ni mi padre, ni mi madre, ni mi hermano, ni mi hermana, ni mi hijo, ni mi hija; porque solo la ley humana nos ha conservado la vida, y lo que es más precioso que la vida, el honor?"

Si no hay hombre capaz de afirmar esto, tampoco lo puede la sociedad; y así, gracias infinitas al supremo Legislador de parto del hombre y de la sociedad! ¡hondísimo respeto á su ley! amorosa gratitud por lo que ha hecho y por lo que va á hacer todavía, pues ahí está un nuevo beneficio, que es decir un nuevo mandamiento: el sexto;

VARIEDADES

Frutos de la confesion

Por conducto del R. P. Francisco, ha sido entregada á una persona de Gijón, la suma de dos mil y pico de pesetas, que para tal efecto recibió dicho religioso, bajo secreto de confesion.

Tambien por un R. P. escolapio han sido restituidas 55 pesetas á D. Eusebio Campos de Leon y 55 á la señora viuda de D. Anaclito Muro.

Conversion

D. Silverio Navarro Izquierdo ha dirigido á su Prelado, el Sr. Obispo de Cartagena y Murcia, una declaracion retractándose de todos sus pasados errores, anunciando su separacion de la secta masónica y haciendo una publica confesion de fe cristiana.

Dice haberse convertido con ocasion de una mision dada por los Padres Cadenas y Marquinez, de la Compañia de Jesús.

Lo que dá de sí el laicismo en los establecimientos benéficos

No ha muchos dias, dos enfermos tíficos de un hospital de Paris, debatian á golpes una cuestion surgida entre ambos.

El domingo, Mr. Nicolle, jefe del taller de carpinteria del hospicio de niños, deshacia una quijada de un tiro de revólver á Alejandro Latour, uno de los acogido.

Oferte, uno del manicomio de Cadillac, ha sido condenado á tres meses de prision por sus brutales tratamientos con los pobres dementes.

Quien mal anda.... pronto acaba

En las calles de Moscow se ve con frecuencia á un pordiosero que hace aún muy pocos años era uno de los hombres más opulentos de aquella ciudad. Dice la fama que el mendigo en cuestion heredó de su padre una fortuna de más de 15 millones de rublos, que equivalen aproximadamente á siete y medio millones de pesos fuertes.

M. Tortzoff, que así se llama el ex millonario vergonzante, era además tan rico como buen mozo, tenía fama de ser el mejor ginete, bailaror y tirador de armas de la ciudad; pero sus grandes dotes y riquezas se estrellaron y aniquilaron ante la baja pasión del juego. Entre las cartas, dados y apuestas, pronto se quedó el obcecado caballero sin un céntimo, y lleno además de deudas, que es lo peor.

Es notorio que Tortzoff, en una sola vezada, perdió tres millones de pesetas, que le ganó el conde Scheremetiff, un noble trone-ra y vicioso como él.

Perdida por completo su fortuna y falto de recursos, sucedió lo de siempre. acudir á la familia, parientes y amigos, para que le mantuvieran, y también pasó lo de costumbre en tales casos, que cuanto dinero recibía, iba inmediatamente á parar al tapete verde, por lo cual sucedió, que en cuanto aparecía él por cualquier lado sus favorecedores se largaban por el opuesto, hasta que se quedó completamente abandonado, solo y sin pan que llevar á la boca.

Su antiguo amigo y ex-contratante el conde Scheremetiff, que le ayudaba con frecuencia dándole buenas cantidades de dinero, falleció hace pocas semanas, con lo cual no le quedó otro medio que pedir limosna para no morir de hambre.

A la ruina, consecuencia del juego, y la miseria, ha seguido el vicio de la bebida. Es triste, al par que chocante, dice un periódico ruso que se ocupa de este célebre despilfarrador, contemplar cómo á veces pasa junto á él alguno de sus antiguos criados ó lacayos y ver como le tiran con cierto desprecio y sarcasmo algunas monedas de poco valor que él recoge con rabia para ir á convertirlas inmediatamente en copas de aguardiente.

Oigan los espíritus fuertes que se burlan de las monjas

En la antigua isla española de la Trinidad (Antillas) se ha establecido una gran leprosería en el lugar de Coerita, habiéndose encargado del cuidado de los enfermos las hermanas de la Orden Tercera de Santo Domingo.

¿A que no se acerca por allí ninguno de los tales espíritus fuertes para ayudar á tan heroicas mujeres en sus tareas de rascar la lepra de aquellos infelices?

EL CRIMEN Y LA CONCIENCIA



I.

Nadie me vió... ¡buena suerte!
Pronto llegará el olvido.
No dió ni el vago gemido
Pavoroso de la muerte.
Que el mundo justicia clame;
Ni un astro me vió siquiera.
— ¡Mientes! hubo quien te viera
Y aquí estoy, mirame, infame!
Aparta.... vision mentida!
Huye de mí, tu eres lodol
— De tí partiré tan solo
Cuando se acabe tu vida.



II.

Nunca ví fiesta mejor;
De gozo el alma delira
Y todo, todo, respira
Música, besos y amor.
En el giro de la danza
Aquellos ojos me incitan.
— Y esos ojos solicitan,
Oyele bien la venganza.
¿Quien habla así? Por quien soy,
Que parto ya.... ¡tuve miedo!
— Si tú te quedas; me quedo;
Si partes, tras de tí voy.



III.

Ramas veo en torno mio...
¡Oh calma! te reverencio.
¡Qué tranquilo es el silencio
En este monte sombrío!
¡Cuán dulce es la soledad
Que éste bosque me presta!
— Vuelve la cara y contesta
Si estás solo en realidad.
Huye... fantasma enemigo
¿Por qué de mí no te alejas?
— Porque percibo unas quejas.
Que claman á Dios castiga.



III.

Aunque á mi pecho taladre
El llanto que el alma brota,
Voy á regar gota á gota
El sepulcro de mi madre.
Yá estoy en él.... madre mía,
Vengo á que á tí me encadenes...
— No estás solo, aquí me tienes
Sentada en la tumba fría.
Aparta de mí presencia....!
— Por tí hay huérfanos que gimen.
Tú sabes quien soy? — ¡EL CRIMEN!

¿Y tú vision? — ¡LA CONCIENCIA!
(Revista Católica)

BIBLIOGRAFIA

Carta encíclica de Su Santidad Leon XIII acerca del estado actual de los obreros edición oficial autorizada por el Rdo. Nuncio Apostólico de estos Reynos.—Se vende á 25 céntos de Peseta en la Administración de la Semana Católica Bolsa 10—principal Madrid—Además la sociedad editorial de S. Francisco de Sales que la ha publicado está haciendo una gran tirada para propagarla entre la clase obrera. Y se venderá á 5 pesetas el 100.

RELIGION É IRRELIGION—JESUCRISTO segunda parte de El Cristianismo y los tiempos presentes.—Este tomo que es el quinto de la magnífica obra de M. Bougaud Obispo de Laval se vende casa de Daniel Cortezo y compañía Editores—Salon de S. Juan—Barcelona.

LA IGLESIA Y LOS OBREROS.—Diálogos de actualidad por J. M. M.—Véndese á seis céntimos de peseta cada ejemplar y por doce se dan trece francos de porte. Los pedidos á la administración de la Propaganda Católica Ramirez 8, Palencia.

ANUNCIO

Agotada hace mucho tiempo la primera edición del tomo primero de «Las Lecturas Populares» originales del director de este periódico acaba de salir á luz la segunda edición ilustrada con bonitas viñetas por D. José Maria Suay.

Se halla en venta esta obra en las principales librerías al precio de una peseta. Al que tome doce ejemplares se le regalan dos, y al que tome ciento se le regalan veinte. Los pedidos acompañados precisamente de su importe al Editor D. Antonio Quilez, Bolsa, 10. principal, Madrid, ó á la Administración de este periódico.

LA LECTURA POPULAR.



Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por años, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, obreros, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por sus aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una acción	4 pesetas mensuales
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puedo hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica, Bolsa 10 y en las demás librerías afilias.